

Por Lamas a Santiago



MARCOS GIRALT TORRENTE

Nos marchamos de Vilanova do Ouro casi anochecido, demasiado tarde ya para hacer caso de supersticiones de aldeana. Unas horas antes probablemente no me lo hubiera pensado dos veces, pero, con la noche encima y un largo trecho todavía por delante, dar un rodeo por uno de esos tortuosos senderos vecinales que jalonan los montes de Galicia, por corto que fuera, representaba un lujo que ni la amenaza de toparnos con un cóncave de *bruxas*, ni con la *santa compañía* al completo, me llevarían a considerar de veras. Era un día frío y nublado en medio de un otoño más cálido de lo normal, y, desviándonos un tanto de nuestro trayecto (íbamos a Santiago de Compostela), habíamos recalado en Vilanova para almorzar con los abuelos de mi mujer. La abuela, una anciana terca y fuerte como sólo lo son en el norte, nos sirvió vianda tras vianda sin permitir deserción o trueque alguno. Abrió la refriega con empanada de bonito; de la empanada pasó a las sardinas asadas y de las sardinas asadas al cordero. Entre tanto, obcecada con la idea de que estábamos mal alimentados, no cesó por un momento de hablar de las virtudes intrínsecas al buen comer. Al término de la merienda, que llegó sin haber dado tregua al estómago, nos entregó los restos de la empanada del mediodía envueltos en papel de aluminio y consintió por fin en que prosiguiéramos el viaje a Santiago.

Fue después de obligarnos a prometer que a la vuelta pararíamos de nuevo para verlos, y de despedirse llorosa por la ventanilla del coche, cuando nos rogó que evitáramos atravesar a esas horas Lamas, una aldea deshabitada en la mitad del camino que bajaba a la carretera general, y nos indicó que tomáramos un desvío que salía justo de la entrada, a la derecha del cruce. Como añadió que de ese modo tardaríamos más, le pregunté entre impaciente y extrañado el motivo para hacer lo que decía.

—*Non sei, meu fillo, pasan cousas raras alí*—contestó—; *de noite desaparece xente*.

No recuerdo lo que comenté, riendo, una vez que subimos la ventanilla y, tras arrancar, avanzamos unos metros, pero sí que mi mujer, Anxela, por cuyas venas corre al fin y al cabo una mitad de sangre crédula, me reprendió.

—No te burles —me dijo—, haz lo que te ha dicho.

Su tono era tan seco, tan cortante, que en seguida me di cuenta de que no hablaba en balde ni guiada por un impulso defensivo de solidaridad familiar. Y así me lo demostró ella misma antes de caer dormida quién sabe si por efecto de la fatiga acumulada, por la cantidad de comida digerida o por una combinación de ambas cosas.

El veto sobre Lamas no era nuevo para ella. Por lo demás, desconocía los hechos que, si no justificable, lo hicieran comprensible. A fuerza de repetirse en cada verano de su infancia, había acabado instalándose en su espíritu de esa manera irrevocable,

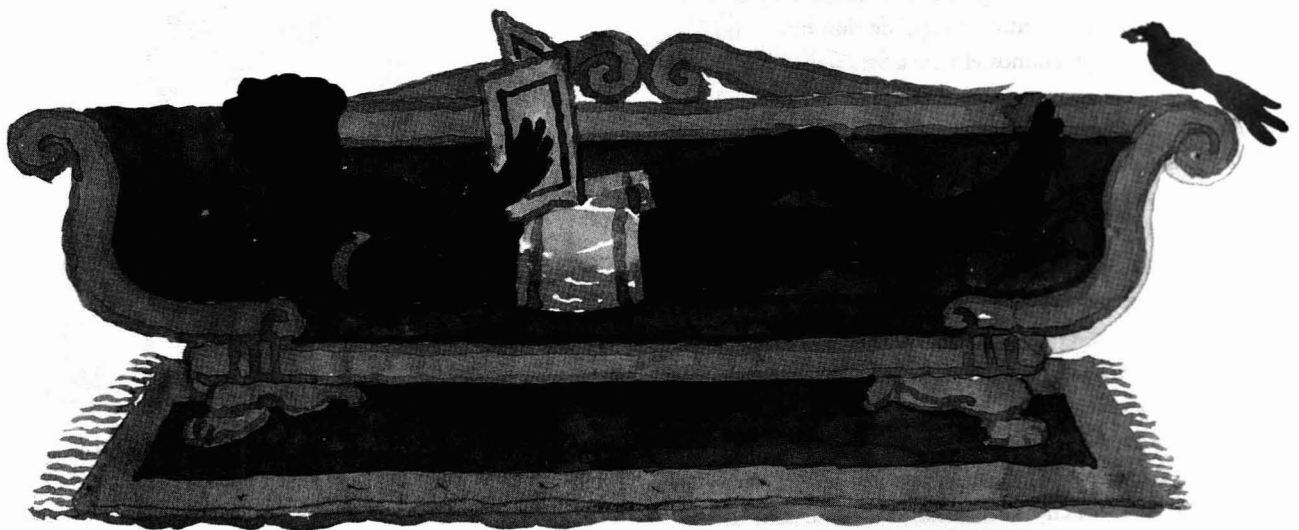


acrítica, que acontece con mucho de lo aprendido a edad temprana. Lo único que sabía era de dónde, o de quién, provenía el posible peligro que se trataba de neutralizar. Según ella, de una vecina de Lamas muerta no hacía mucho.

La historia de Rosa Freire García, que Anxela me contó resumida mientras cubríamos un corto tramo del camino, aunque trágica, no movía sin embargo a malos presagios. Casi niña, la habían casado por poderes con un emigrante de la zona que vivía en Cuba y al cual nunca había visto. El contrato no escrito entre las dos familias no incluyó fecha para el encuentro: a un lado del océano no quedaban bienes por vender, y al otro la esperada fortuna aún no se había dejado atrapar. Pero ambas entendieron que los cónyuges se reunirían en Cuba en cuanto allí se invirtiesen las tornas. Pocas cosas variaron, por tanto, para Rosa Freire luego de la anómala ceremonia en la que un hermano mayor del novio fue con ella ante el altar y respondió por convención a preguntas que, en justicia, no le correspondía. Siguió viviendo como hasta entonces, con las mismas tareas que llevar a cabo y la misma incertidumbre por lo que cada jornada depararía, sólo que con la firme convicción de que tarde o temprano el correo traería un pasaje de barco con el que acometer de una vez el verdadero cambio. Durante siete años y medio catorce cartas vinieron, puntualmente, a reafirmarla en esa seguridad. Durante siete años y medio su andar decidido y triste no alentó otros rumores que los habituales cuando sobre el tapete está alguien cuya existencia transcurre por cauces de soledad. La historia por la que, al decir de Anxela, la figura de Rosa Freire devino extraña y temible a la vez, empezó realmente al cesar las noticias de Cuba. Como ciertas distancias no resultan fáciles de imaginar y a menudo espacio y tiempo se entreveran hasta el punto de confundirse, Rosa Freire tardó en percibir el silencio postal de su marido en toda su gravosa irrevocabilidad. Y para cuando lo hizo, lo había ocultado con tanta tenacidad tanto tiempo, y había urdido para sí un entramado tal de explicaciones inocuas y plazos de espera repetidamente prorrogados, que, en lugar de rectificar o desmoronarse, se instaló para siempre en la ficción. Acababa de morir su padre, dejándole como

sola compañía cuatro cerdos y dos vacas rubias, y enloqueció con una determinación similar a la que malgastara para velarlo la fatídica primera noche. Entre bostezos crecientes, Anxela me aseguró que después del entierro estuvo dos días encerrada, sin cuidar ni del huerto ni de los animales, y que cuando salió a nadie le pasó inadvertido el inusitado brillo de sus ojos. A partir de entonces, y hasta su muerte, vivió presa de dos sueños diferentes, contradictorios. Tan pronto se despedía diciendo que había recibido por fin el pasaje de barco con el que ir al encuentro de su marido como, excitada, anunciaba que era él quien venía para quedarse. Pero de las obsesiones de Rosa Freire, quizá la más cruenta fue la de los recados. Pues los mandaba casi a diario, sin importar el mensajero. Para ella el mundo confluía en Cuba y todos los caminos eran igual de válidos. Anxela sólo la había visto en una ocasión. Se la topó en uno de sus más secretos lugares de juego, sentada con la mirada ausente sobre un lecho de musgo, y recuerda que se le erizó el pelo hasta la raíz. Antes de que diera tiempo a decir nada, Rosa Freire se levantó y le tendió un paquete. *"Dallo a o meu home cando chegues a Cuba, para que poda facer o caldo."*

Anxela se durmió a fondo lejos todavía de la entrada de Lamas, de modo que cuando finalmente alcanzamos el cruce ya no tuve problema en contrariar su deseo y el de su abuela, y enfilé recto el coche en pos del que era el itinerario lógico. Las seis o siete casas semiderruidas de la aldea no me inspiraron, conforme las dejábamos atrás, un sentimiento mucho más tétrico que por la mañana, que había pasado como quien dice sin verlas. Las palabras de Anxela, sin embargo, les habían restituido algo de esa vida que su actual abandono velaba y no pude evitar preguntarme en cuál se había consumido la protagonista de su relato. La mayor parte de ellas apareció de pronto tras el pequeño cementerio fajado de boj, confundidas en torno a un llano en el que había media docena escasa de hórreos apretados. El resto, apenas dos, un poco más adelante, separadas de las otras por el camino y entre sí por sendos campos que un día fueron de maíz. La primera, que liquidé con un breve vistazo, era un cubo des-





provisto por entero de interés, probablemente un establo o similar. Ante la segunda me paré.

Toda ella era un auténtico prodigio de supervivencia. De forma elíptica, con una sola planta y la techumbre de paja, conservaba el estilo tradicional de las viviendas más pobres y antiguas del interior de Galicia asombrosamente intacto. Ninguna impureza se le había adherido con el decurso siempre traicionero del tiempo, y, salvo el trivial de la puerta, desencajada de las bisagras y atravesada de mala manera en el vano, tampoco padecía deterioros visibles. Pero no fue nada de eso, sino algo de verdad insólito, casi mágico, lo que me hizo detener el coche. Al lado de la casa, en el huerto devastado, un gran árbol de papaya, con los frutos maduros y un inevitable halo de irrealidad, llevaba con éxito la contraria a la naturaleza.

Temeroso de que Anxela despertara y me pillara en pleno delito, renuncié a la tentación de bajarme y reemprendí la marcha decidido a llegar cuanto antes a la carretera general. Hasta entonces el pálido cielo encapotado había ido filtrando en una diáfana penumbra la luz disgregada del anochecer. Luego, cuando aún no habíamos avanzado ni cien metros, la oscuridad se hizo total. A pesar de que había sido inminente desde nuestra tardía partida de Vilanova, y de que con los faros encendidos apenas si se notó algo en el camino, la transición me incomodó porque me privaba del entretenido recurso de mirar por las laterales del coche, abocándome en exclusiva a la monótona panorámica frontal. En seguida, como si se tratase de una extraña respuesta telúrica, nos engulló una espesa bruma que me obligó a conducir empinado sobre el volante para vigilar los frecuentes baches. Tantos y tan profundos que, acordándome de la razón que había aducido la abuela de Anxela para no atravesar Lamas por la noche, pensé divertido que muy bien podría ser por uno de ellos por donde desaparecería su famosa *xente*. De todos modos, si no es por la certeza de que el trance sería breve, hasta que tomáramos la iluminada

y asfaltada carretera de Santiago, probablemente hubiera detenido el coche y habría tratado de imitar el sueño de Anxela.

Una hora después no habíamos llegado a la carretera y ningún signo revelaba que el momento de hacerlo estuviera cerca. Al principio no fue sino una leve inquietud. Consciente de que avanzábamos mucho más despacio que en el viaje de ida, prefería pensar que el retraso no era desmesurado. Me repetía que con las condiciones en contra todo se alarga, y hasta puede que sin darnos cuenta calculemos mal el tiempo. Pero, pasados cinco o diez minutos desde que mirara la hora en el panel eléctrico, me convencí por fin de lo evidente y ya sólo deseé llegar a algún sitio, cualquiera que fuese. Solo, pegado a la luna del coche y sin ver otra cosa que la niebla y el estrecho margen de tierra batida que se le escapaba justo delante, me sentía como un náufrago sin nada a lo que asirse. Envidiaba el ajeno sosiego de Anxela y lo hubiera interrumpido sin dudar de no ser porque se me hacía igual de penosa la necesaria mención de mi malograda tentativa de engaño, de tan caro resultado.

A lo que en cambio sí me atreví en ese tiempo de falso silencio y falsa soledad en el que todavía ignoré la fantástica magnitud de nuestro extravío, fue a conectar la radio. Lo hice en multitud de ocasiones, siempre que mi pensamiento recayó por algún motivo en Anxela, y en todas, la aguja resbaló de un lado a otro del dial sin dar con una emisora en la que anclarse. Aunque tras cada nuevo intento me dejaba llevar por un furor sordo de catástrofe, nunca, ni por un momento, se me ocurrió pensar que estuviera averiada ni que el eclipse durara más allá de la niebla y de los montes por los que transitábamos.

Al cabo de unos treinta y cinco minutos de haber mirado el reloj, mi suerte pareció cambiar y pude olvidarme de la radio. De golpe la bruma se abrió, sentí un sofoco de calor, y vi que a pocos metros de donde estábamos el camino desembocaba en una carretera ancha como una autopista. Al llegar a ella, me extrañó su mala iluminación, el gris áspero del asfalto y la ausencia absoluta de tráfico; pero mi felicidad fue mayúscula cuando, a punto de rebasarlo por los bríos que presta la liberación, descubrí un exiguo cartel con el nombre de Santiago y el número cien descoloridos. Pensando que habíamos ido a parar a una circunvalación en construcción o a un tramo cerrado por obras de la misma carretera que a esas alturas ya casi había desistido de encontrar, seguí el derrotero de la señal seguro de alcanzar a pesar de todo nuestro destino. Un destartado camión, cargado hasta los topes de herramientas y maquinaria pesada, vino un poco más tarde a confirmarme provisionalmente en el error. No reparé en el modelo anticuado ni en el color demasiado vivo de la carrocería pero, mientras lo adelantábamos, la radio salió de su mutismo atronadora y Anxela se despertó. "He soñado que íbamos de viaje, que cruzábamos el mar por encima", dijo trabada aún por el sueño. Entonces oí "huracán", "Guantánamo" y una voz que, con acento dulce, recitaba las medidas adoptadas por no sé qué comité de defensa regional y comprendí perplejo que la ciudad a la que nos estábamos dirigiendo no era Santiago de Compostela, sino la más cálida y más lejana de Santiago de Cuba. A cumplir el último encargo a traición de Rosa Freire. ♦